

JESUS PALOMINO

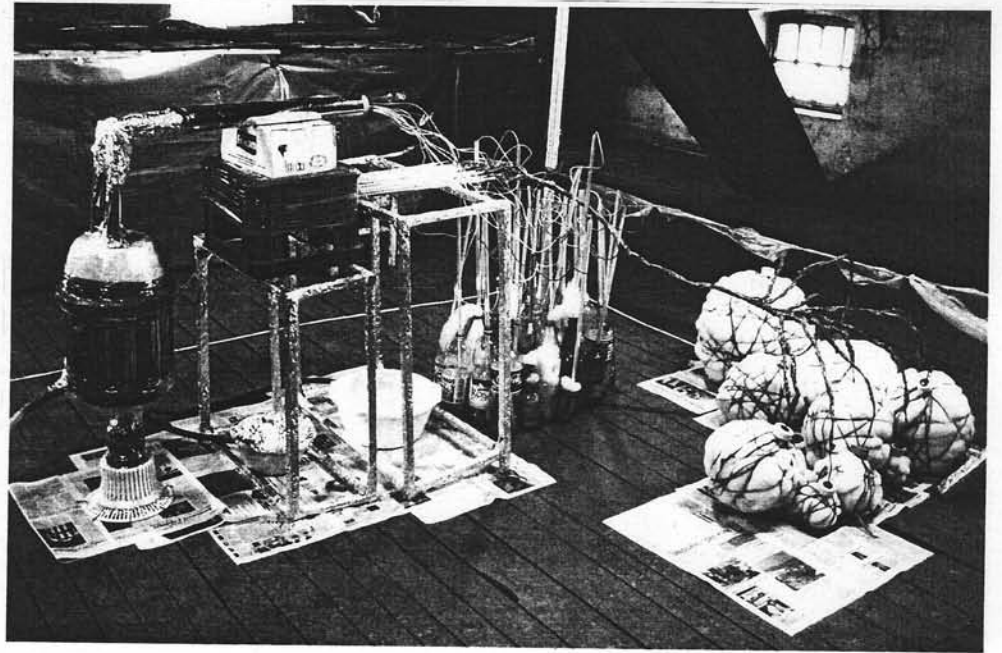
EL CAOS COMO HERRAMIENTA

Virginia Torrente

El lugar hace que la obra que se crea –para él, dentro de él– sea única e irreplicable, desarrollando una importante reflexión sobre la transformación de los espacios expositivos. Arqueología mental y física, materiales que aparecen acumulados, utilizados normalmente en el uso diario, apartados de su uso común, redimensionados en el espacio de exposición donde se presentan al público, a modo de poesía constructiva. Palomino utiliza los materiales y los objetos a los que normalmente no prestamos atención ninguna de una manera lúdica, reclamando una atención sobre ellos.

Desde sus primeras instalaciones, como aquella localizada en exterior en el Poble Nou de Barcelona hace varios años hasta llegar a la pieza que ahora presentamos, Jesús Palomino (Sevilla, 1969), pone bajo disección los lugares de exposición para, de una manera más explícita, radicalizar el discurso instalativo. Transformando el espacio de exposición en un gabinete de estudios, que nos presenta el universo enfebrecido de trabajo del artista, como un lugar de experimentación hasta casi el momento de la inauguración, Palomino crea un collage que le ayuda a comprender y analizar el mundo y necesita enseñar al público. Instalación sin límites, que refleja su modo de comprender, en un cosmos o escenario particular. Instalación total. Rosalind Krauss, en *Sculpture in the Expanded Field*, (1978) escribe: "Las cosas más curiosas se han dado en llamar escultura (...) la categoría de la escultura parece maleable hasta lo infinito (...) para pasar a ser definida en un término que abarca todo lo posible entre no-arquitectura y no-paisaje". Y el artista Gabriel Orozco define su propio trabajo de esta manera: "Práctica escultórica desde los márgenes geopolíticos (...) estrategia y juego escultórico (...) La forma, al final, tiene que ver con provocar un espacio para pensar".

La obra de Jesús Palomino discurre en paralelo con el trabajo de artistas como John Bock o Jason Rhoades, creadores de ambientes expositivos que son lugares de almacenamiento masivo, a modo de laboratorio donde pensar, representar, trabajar y jugar. Como resultado, aparecen conexiones aparentemente desordenadas y hasta absurdas, realizadas a partir de objetos y materiales de uso cotidiano, entremezclados con un efecto intencionalmente buscado. Palomino utiliza elementos cotidianos por acumulación, ensamblados y ordenados de una manera especial, estableciendo nuevas conexiones anteriormente inexistentes entre ellos, dándoles una nueva utilidad. Instalaciones presentadas para que el espectador realice una especie de viaje de descubrimiento. De suelo a techo, llenando toda la superficie, hay memoria e historia, con un control de lo que se cuenta y del mensaje que se lanza. Existen evocaciones e implicaciones sociopolíticas tanto locales como globales que preocupan al artista con fuerza, que conllevan una narración visual del marco cultural en que la obra ha sido pensada y creada. En los dos últimos años, así ha sucedido con las piezas de Palomino para *Values*, la Bienal Internacional de Pančevo (Serbia y Montenegro), 2004, en Sevilla el año pasado también, y ahora en la Sala Mendoza de Caracas, Venezuela, donde Palomino ha expuesto como culminación de una estancia de trabajo en el centro La Llama de la misma ciudad. Alusiones innegables a los acontecimientos y cambios sociales que están sucediendo, con un intenso tratamiento del tema en el espacio adjudicado, que se transforma bajo la consigna de liberarse. Utilización de materiales pobres y caseros como reflexión –llena de humor– sobre la política, la economía y el lenguaje, todo ello pasado por un filtro artesanal, utilizando un amplio muestrario de materiales nuevos y reciclados, dándoles un significado,



un toque de atención para que no ignoremos hechos y sucesos que no queremos apreciar, porque nos resulta más fácil excluirlos, a pesar de su persistencia física a nuestro lado, pero que rechazamos porque nos incomodan.

El conflicto social siempre se mueve cercano a la periferia, nunca nos toca de cerca, sucede en lugares de exclusión y así no nos molesta. Toda obra de arte tiene una cierta dimensión política. Tras los 60's y 70's, cuando ésta era más obvia, los 80's y 90's nos han enseñado el lado más narcisista de los artistas, preocupados en sus propias reflexiones. Ahora volvemos a comienzos de este nuevo siglo a apreciar la reivindicación, quizás porque ahora estamos en un momento en el que se vuelve a hacer necesaria. Hans Haacke, Jeremy Deller: artistas que trabajan en veta con las topologías de la historia social, reflejando lo que está sucediendo alrededor del arte, en la vida real. Thomas Hirschhorn dice: "no hago arte político, hago arte políticamente". Como las obras de Hirschhorn, las instalaciones actuales de Palomino son ejercicios de saturación y reivindicación.

Walter Benjamin fue un gran partidario de politizar el arte. Palomino transforma la materia en metáfora, reflexiones que aluden a la sociedad en cambio en la que vivimos, nuestra realidad política y cultural. Para ello, necesitamos una nueva comprensión de lo que sucede, de los valores en transformación. La obra no da claves de respuesta, pero sí nos enseña cómo un artista puede comunicar esto a través del arte.

Lo artístico y lo social van de la mano en esta instalación. El trabajo, la pieza, se desarrolla en su propio proceso de construcción, en los mismos objetos cotidianos que generan una dinámica constructiva-destructiva. El acabado retiene un gran potencial de posible evolución, la obra es un mapa abierto del camino que seguirá el artista próximamente.